

UN REGALO PARA CADA UNO

Por **EDITH SWANSON**

ERA por el año 1904. Ocurrió en Acme, en el noroeste del estado de Texas, Estados Unidos. En esa época, esa región era tan estéril como un desierto.

Acme consistía en una enorme fábrica de cemento, treinta casas de cuatro habitaciones, alineadas como cajas a ambos lados de dos calles de tierra, y una escuela de dos aulas. Todas las casas estaban pintadas del mismo color -gris opaco- lo mismo que la escuela.

"El centro" consistía en un edificio de dos habitaciones llamado "la oficina", y en un edificio largo que era el almacén. Y, naturalmente, estaba la estación de ferrocarril pintada de amarillo, con su gran tanque de agua. No se veía por ningún lado un árbol ni una brizna de hierba.

¡Un momento! ¿Es un espejismo o aquellos son árboles? ¡Sí! Hay cuatro álamos alrededor de una hermosa casa blanca de dos pisos, y de una casita que está al lado.

La "casa grande" fue construida por el dueño del molino del pueblo, pero ni él ni su familia pudieron soportar la aridez de las praderas y volvieron al estado de San Luis. El superintendente del molino, el Sr. Enrique Nelson, vivía ahora en la casa con sus dos hijas: Ella, que tenía once años, y Gertrudis, siete. También tenían tres muchachitos.

En la casita vivía el Sr. Francisco Saunders y su familia. El Sr. Saunders era el conductor del tren que unía la localidad de Acme con la línea de ferrocarril principal que pasaba por Quanah, a varios kilómetros de distancia. Ellos tenían dos hijos: Paulina, de diez años, y Martín, de catorce. Antes de venir a Acme la Sra Saunders había sido una dama de la sociedad. Ella y Paulina siempre hablaban de las fiestas en las que solían participar citando estaban en la ciudad.

En la escuela había sólo una maestra y unos veinte alumnos, cuyas edades oscilaban entre los dieciocho años, como en el caso de Martita McPhee.

y los cinco años, como Tomasito, el hermano de Ella. En el pueblo no había iglesia ninguno de los niños iba a la escuela dominical, con excepción de Paulina y Martín, cuyos padres los llevaban con el carruaje todos los domingos a la localidad de Quanah. Nunca invitaban a nadie para ir con ellos.

En el pueblo de Acme no había luz eléctrica, ni gas. ni agua corriente. la mayoría de los juguetes que los niños tenían eran caseros, con una excepción. Los chicos de los Nelson tenían muchos juguetes, porque Leo Kramer, el dueño del molino, hacía frecuentes viajes de San Luis y siempre venía cargado de juguetes para Ella, Gertrudis y sus hermanitos.

Era la primera semana del mes de diciembre. Paulina Saunders estaba jugando con Ella Nelson.

-Para Navidad mamá va a comprarme un vestido rojo de seda y un brarazalete -dijo Paulina-. ¿Qué vas a recibir tú?

¡Oh! lo que mis abuelitas y mis tías me manden -respondió Ella.

-¿Pero que te darán padres?

-Nada. Papá dice que tenemos demasiados que eso no hace bien a los hijos que tienen muy poco.

Paulina levantó la cabeza, con cierto desdén.

-Si fueran a la escuela dominical como yo, ellos también tendrían cosas.

-Yo no sé. Sofía y Dora y Alicia son más buenas que tú. ayudan a sus madres y no son insolentes con la maestra.

Eso enfureció a Paulina, quien disgustada, fue a su madre

- Mamá --dijo-, ¿cuanto cuesta la muñeca que duerme que me vas a comprar para N a viciad?

La mamá estaba haciendo pan. Sacando las manos de la harina miró a su hija.

-Nadie ha dicho que vas a recibir esa muñeca. Ella. Siete dólares y medio es mucho dinero,

Ella le dio un apretón a su madre en el brazo y salió corriendo.

Cuando el papá llegó para almorzar, traía con él al Sr. Kramer. Ella estaba escribiendo algo en la pizarra.

-¿Que está haciendo mi rayito de sol? -le preguntó el Sr. Kramer tomando la pizarra.

-Oiga, -dijo dirigiéndose al padre de Ella-. mire esto: "Siete cincuenta para uno, y cincuenta centavos para papá". ¿Qué cuentas serán éstas?

A Ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

Por favor, Señor. Creí que podría tener dinero y comprar algo para los chicos.

-¿Qué dinero? -le preguntó su papá.

-los siete cincuenta que mamá iba a gastar para comprar la muñeca que duerme.

-Ahora, ven aquí y cuéntale a tu tío Leo tu problema -le dijo el Sr. Kramer, y escuchó atentamente mientras Ella le explicaba que quería un árbol para el aula y un regalito para cada uno de sus compañeros.

-Paulina me dijo que yo no ganaría nada con orar, porque no voy a la escuela dominical.

Sacando una libreta del bolsillo, el Sr. Kramer le preguntó:

- ¿ Has escrito alguna vez una carta a santa Claus?

-No, señor. Papá no nos dejaría hacerlo.

El Sr. Kramer se rió.

-Muy bien, entonces yo le escribiré una. ¿Qué regalos crees tú que deben recibir tus compañeros?

Ella ya había pensado mucho sobre el asunto de modo que no le llevó demasiado tiempo responder:

-Un bate y una pelota para Tomás Davis, un libro y colores para Eclna Hands, un vestido y una cinta para el cabello para Dora Patine!.

Y la lista siguió y siguió. Por fin, dando un gran suspiro Ella dijo:

-Y un árbol que llegue hasta el techo.

El Sr. Kramer cerró la libreta y la volvió a guardar en su bolsillo.

--Ahora, Ella, éste es nuestro secreto. Ora todas las noches, y puedes estar segura de que tus oraciones serán contestadas.

Pasaron otras dos semanas, justo una semana antes de Navidad la maestra anunció que en la Nochebuena tendrían una fiestecita de Navidad. ¡Qué excitados estaban los chicos! La maestra distribuyó las partes entre ellos pero, fuera de eso, nadie tenía la menor idea de lo que la fiestecita iría a ser.

Carlos Vestal le dijo a algunos de los chicos que a la tienda de su papá habían llegado varias latas de caramelos, una cesta de naranjas y una caja de manzanas. "Pero ya no están allí", añadió misteriosamente.

Unos días antes de la fiestecita, Paulina le dijo a Ella:

-Mi papá me compró el árbol más grande que jamás hayas visto. Me imagino que tu papá te compró un árbol chiquito. El mío es casi tan alto como yo. Papá lo trajo ayer de Quanah, en tren.

Un día Ella encontró unos pedacitos de tela roja en el costurero de su tía y le preguntó de qué eran. La tía Flora le respondió:

- ¡Ninguna pregunta!

Por fin llegó el día de la fiestecita y esa mañana no había ni un chico en el pueblo que no deseara que ya fuera la noche. Esa tarde llegó al Sr. Kramer. En Quanah había alquilado un carruaje con un caballo, para llegar hasta el pueblo.

¡Por fin llegó la noche! Todas las familias acudieron a la escuela. Se encendieron las lámparas. y se puso una música suave en el viejo fonógrafo con su gran bocina y sus discos en 1 orma de cilindros. En la esquina del aula había un árbol grande, hermoso, adornado con sartas de rosetas de maíz, arándanos, borlas de algodón teñidas de todos colores, y en la punta una estrella de papel plateado. También había velitas en las ramas, pero el Sr. Nelson dijo que era peligroso encenderlas. ¡Oh, era algo hermoso!

Pronto comenzó el programa. Ella recitó una poesía que se llamaba: "la Nochebuena". .Apenas había terminado cuando apareció en la plataforma un alegre Santa Claus. Sacó del árbol una media llena de caramelos para cada persona. Había allí un bate y una pelota para Tomás Davis, y para cada uno de los compañeros el regalo que Ella había pedido, y hasta algo para Paulina. Había manzanas y naranjas y nueces y un sobre para cada familia con una moneda de oro de cinco dólares. Santa Claus entregó los sobres a los padres.

Finalmente Santa Claus pidió que pasara Ella. Ella se acercó al árbol y él puso en sus brazos una

hermosa muñeca que dormía. Ella regresó hasta el fondo del aula dónde había estado sentada durante el programa con Dora, Sofía y Alicia, y colocó la muñeca en los brazos de Alicia. Sólo después de que terminaron los fuegos artificiales tuvo en sus brazos a la preciosa muñeca.

Sí, fuegos artificiales, todos salieron para ver los fuegos artificiales que el Sr. Kramer había traído. En ese estado, y en otros del sur, era común tener fuegos artificiales para Navidad. Paulina no se sentía muy feliz porque nadie había reparado en el vestido de seda y el brazalete que le habían regalado. Cuando Ella le agradeció al Sr. Kramer al día siguiente, él le preguntó:

-¿Por qué crees que yo era el Santa Claus?

-Porque Ud. era el único de todo el pueblo que no estaba en la fiesta.

El Sr. Kramer se divirtió con la respuesta y me dio un abrazo. ¿El me dio un abrazo? ¡Oh, sí! Porque el verdadero nombre de Ella era Edith, y esa soy yo.

Y desde entonces siempre he pensado en esa Navidad de 1904, y en que si el Sr. Leo Kramer, un judío, pudo hacer tanto por nosotros, los gentiles, en Navidad, debemos ser más respetuosos con otras creencias religiosas.

La muñeca que dormía me duró muchos años y yo la cuidé con todo cariño. Ahora es propiedad de mi sobrina-biznieta.